

The background of the entire page is a repeating pattern of a black and white illustration of Napoleon Bonaparte. He is depicted in a military uniform, wearing a bicorne hat, a dark coat with a high collar, and a light-colored waistcoat with a star-shaped medal on his chest. He is holding a sword in his right hand and a sash in his left. The pattern is arranged in a grid-like fashion, with some figures partially cut off by the edges of the page.

Máximas y pensamientos

Napoleón

Selección y presentación de
Honoré de Balzac

ariel Quintaesencia

Máximas y pensamientos

Napoleón

Selección y presentación de
Honoré de Balzac

Traducción de
José Luis Gil Aristu

Edición de
Vicente Campos

ariel Quintaesencia

1.ª edición: marzo de 2015

De los textos «Retrato con fondo rojo y estrellas negras»,
«*Quel roman que ma vie!*» y «Unos, dos, tres; piedra,
papel, memoria» © 2015: Vicente Campos

© De la traducción: José Luis Gil Aristu

Derechos exclusivos de edición reservados
para todo el mundo y propiedad de la traducción:

© 2015: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-1956-8

Depósito legal: B. 2.484 - 2015

Impreso y encuadernado en España por
Limpergraf

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o
por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

<i>Retrato con fondo rojo y estrellas negras.</i>	7
---	---

Máximas y pensamientos

Presentación de Honoré de Balzac	35
El republicano y el ciudadano	41
El arte militar	55
El soberano y el organizador	67
Experiencia y desgracia	101
Sobre lord Castlereagh.	117

Apéndices

«Quel roman que ma vie!» <i>Miscelánea de citas sobre Napoleón.</i>	129
<i>Uno, dos, tres; piedra, papel, memoria.</i>	147

RETRATO CON FONDO ROJO Y ESTRELLAS NEGRAS

Bien podría servir como epígrafe de los textos que siguen una de las definiciones que propone Italo Calvino en *Por qué leer los clásicos*: «Los clásicos son esos libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres)» [def. 7]. No se trata de aprovechar las iluminadoras —y luminosas— definiciones de Calvino para renovar una laxa estantería de *clásicos* (en la que Balzac tendría su sitio de honor, pero no Napoleón —pese a su grafomanía—, a no ser que se habilitara un nuevo estante para «oradores grandilocuentes, propagandistas y otros animales de compañía»), sino que lo que interesa aquí es la peculiar deriva de los textos que nos llegan, cargados con un peso *vivo*, «trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra», porque, casi literalmente, eso es lo que ofrecen estas páginas: Balzac realiza una

selección de «máximas y pensamientos» de Napoleón después de haberse dejado las pestañas (si hemos de creerle, «durante varios años», pero era perfectamente capaz) leyendo la bibliografía y las fuentes originales de Bonaparte a su alcance. Y el simple hecho de que cribe y compile, de que espique y descarte, ya condiciona toda posible lectura contemporánea, y, con seguridad, implica algo más: en la antología leemos las palabras y textos de Napoleón pero, sobre todo, leemos el «Napoleón de Balzac», una fantasmagoría tan sesgada como legítima. Es una lectura explícitamente mediada que, posiblemente, arroje más luz sobre Balzac que sobre el propio Napoleón, aunque el novelista, consciente del peligro e inconsciente de lo desmedido de sus pretensiones, no se cohíba en el reparto de medallas: «Otro de sus méritos [dice Balzac de Balzac] es haberse dado cuenta de la importancia de la obra que iba a resultar [es decir, del fruto de su propio trabajo], que es a Napoleón lo que los Evangelios son a Jesucristo». Ahí es nada. Recordemos, para calibrar la magnitud del elogio que se inflige a sí mismo, que Honoré —a diferencia de muchos de sus contemporáneos post-ilustrados— no era precisamente ateo ni agnóstico, sino católico y, queda claro en la cita, *apostólico*.

Para complementar la antología se han añadido a modo de apéndices unas selecciones, más humildes y específicas, de otras «huellas» que ha dejado Napoleón en nuestra cultura: tanto en papel —las reacciones que suscitó en destacadas luminarias de las letras y las artes—, como en celuloide

—las películas que lo han representado y forman parte ya de nuestra memoria iconográfica como en piedra —la singular historia de la estatua que corona la columna de la place Vendôme—. La impronta del curso se filtra en nuestra contemporaneidad desde todas las fuentes imaginables (y alguna inimaginable) y no se pretende en estas páginas —sería vano— ir más allá de ofrecer unas burdas pinceladas de la misma y, a ser posible, despertar la curiosidad del lector.

Entreverado con las apologéticas acotaciones sobre los clásicos, late explícito un temor que Calvino intuía y expresaba, en términos de tiempo de vida y de sosiego, hace más de cuarenta años, en otro universo de lectura, y que apuntaba oblicuamente hacia un problema que ahora se ha multiplicado: «¿Dónde encontrar el tiempo y la disponibilidad de la mente para leer los clásicos, excedidos como estamos por el alud de papel impreso de la actualidad?». En 1981, cuando escribía Calvino, era impensable que ese «alud de papel impreso» —abrumador, asfixiante— de la *galaxia* Gutenberg se viera desbordado por el casi infinito del *universo* digital. Quizá su ensayo ya no se titularía ahora *Cómo leer los clásicos* sino, simplemente, *Cómo leer*, a secas. Un inconcebible y borgiano caudal de información anega los canales por los que discurría, parsimonioso y serpenteante, el pensamiento. No se intuye siquiera cual será la forma en que se leerá —¿se pensará?— en un futuro próximo. Desde Gutenberg, y aun antes, la lectura

había fluido más o menos plácida pero siempre lenta, por los cauces de la página impresa y el ritmo pausado que ésta imponía. La memoria y la sabiduría quizá se habían resentido del invento de la escritura, como temía el rey Thamus en el *Fedro*, pero habían pervivido. No está claro que vaya a seguir siendo así. Balzac, lo citábamos antes, afirmaba haber dedicado «varios años» a rebuscar entre fuentes y bibliografía sobre su admirado Napoleón. Hoy en día necesitaría muchas vidas, longevas y ociosas, para hacer otro tanto (y puede que casi tantas para leer lo que se ha escrito sobre él mismo). Cómo discriminar, qué leer y qué no, cuando, simplemente para Napoleón —y algo parecido podría decirse para el cafeinómano y torrencial Balzac—, se encuentran incontables recopilaciones de sus «obras completas», básicamente correspondencia e informes, notas, proclamas, arengas y discursos que publicaba en los boletines del ejército o en la prensa —en un ejercicio de autobombo digno de estudio—, aparte de algún panfleto político (¡y una novela juvenil!) que se alargan durante miles de páginas, empezando por una edición de las *Oeuvres* en cinco volúmenes que publicó Panckoucke en París ya el mismo año 1821, cuando el cadáver del destronado emperador todavía no se había enfriado. Por no hablar de la variopinta bibliografía que, desde el *Memorial* de Las Cases, ha proliferado sobre el personaje, que excede la capacidad digestiva de cualquier *connaissanceur* bulímico, y buena parte de la cual es, ahora, inmediatamente accesible en un par de clics.

Y en ese inabarcable y heterogéneo corpus de textos se juega la reputación de los «grandes nombres», de manera que si caprichosa es su suerte histórica, más caprichosa aún es su fama y más disputado su legado. El obsesionado con los espejismos de la posteridad o el que albergue la esperanza de ser absuelto por la historia que vaya poniendo las barbas a remojar; el tribunal que, Schiller *dixit*, habría de dictar sentencia, sigue deliberando. Tanto da que haya fomentado en vida el culto a su figura, como hizo Napoleón, o que haya dejado herederos plausibles y agradecidos, porque, en el mejor de los casos, de no caer en el olvido, le espera una narración académica ambigua y contradictoria o, en el peor, una leyenda que, en última instancia, no importa demasiado que sea negra o dorada.

Es difícil hacerse una idea de la sombra —o de la luz, o de ambas— que proyecta una figura como Napoleón sobre las dos primeras décadas del siglo XIX y que se prolonga, con altibajos, hasta hoy. Por abreviar y en esquemático y maniqueo resumen contraponiendo hagiografía y halago con invectiva e insulto, Bonaparte ha sido considerado el gozne entre La Revolución (así, con doble mayúscula) y la Restauración, y la encarnación —en variable medida— de las dos; el que clausura pero también propaga los principios inspiradores de 1789, con los que ejercería simultáneamente de libertador y de enterrador; el fundador del patriotismo más pendenciero y del internacionalismo burgués (o, en palabras de Hobsbawm, estandarte de la «única revolución ecuménica»); culto y brutal, augusto y a la

vez ridículo —hasta la caricatura de sí mismo—, tierno y gélido, visionario y ciego, genio militar y carnicero; tirano megalómano y *petit caporal*, por no decir «Usurpador Universal»; expresión de una burguesía naciente necesitada de estabilidad y personificación del espíritu de la Francia eterna.

En el conocido inicio de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* —redactado poco más de un año después de la muerte de Balzac y cuando sólo habían transcurrido unos meses del golpe de Luis Napoleón, sobrino de su tío—, Marx da una pista sobre los trampantojos de la historia: «Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal se producen dos veces. Pero se olvidó de agregar: la primera vez como tragedia y la segunda como farsa... ¡La misma caricatura que acompañó a la segunda edición del 18 de Brumario!». Marx atribuía, cargado de argumentos, la tragedia al tío y la farsa al sobrino, pero ni en un desvarío habría podido imaginar corolarios como la parodia sangrienta de la coronación en 1977 de Jean-Bédél Bokassa, en un esperpéntico remedo de la de Napoleón I; un Bokassa que, para más inri, también había sido cabo del ejército francés y cuyos alucinatorios delirios de grandeza fueron oportunamente apoyados por el gobierno de Giscard d'Estaing, hasta que lo derrocó en 1979. Y Napoleón pervive, contra viento y marea, y sigue dando para episodios más dulces —pero no menos grotescos o rentables—, como bien sabe uno de los mayores especialistas en su figura, Dominique de Villepin, autor de *Les Cent jours ou l'esprit de sacrifice*,

Le soleil noir de la puissance, La Chute ou l'empire de la solitude. El elegante ex primer ministro Villepin —cuyas aspiraciones presidenciales se verían intempestivamente frustradas por un turbio conflicto con Sarkozy del que saldría absuelto en los tribunales, pero no indemne— vendió su colección de objetos napoleónicos por casi un millón de euros en marzo de 2008, un mes después de firmar junto a otros líderes políticos franceses un manifiesto que, más que contra un presidente de la República, parecía redactado contra un cónsul con ínfulas de dictador al denunciar «una deriva hacia una forma puramente personal de poder que raya en una monarquía electiva» y hacer un llamamiento a la «vigilancia republicana» en referencia apenas velada al entonces jefe del Estado, Sarkozy, quien, por su parte, ha sido objeto de reiteradas comparaciones con el corso —se han llegado a escribir libros sobre «la materia»— que van desde el simple mal gusto —con referencias a su talla, no precisamente política, y sus tics nerviosos— al supuesto elogio envenenado —«Bonaparte con traje», «reconstructor de Francia»—.

La división acerca de la figura de Napoleón era lógica en un país, en un continente, sumido en guerras sucesivas y paralelas —desde la Revolución, más o menos larvadas o cruentas, más o menos civiles o internacionales—. Balzac, sin embargo, se mueve como pez en el agua en los matices, en un «sí pero no» que le permitía nadar y guardar la ropa: no hay más que leer la presentación de esta obra. Sabido es que sus sentimientos hacia el Empe-

rador basculaban entre la rendida admiración, la arrobada adoración («hijo de Austerlitz», escribe André Maurois, «nunca perdió aquel temprano ardor») y el cauteloso distanciamiento, como si le contemplara con la mirada ambigua de quien teme que descubran su secreta debilidad por él. Quizá tenga razón Stefan Zweig cuando atribuye en parte tal embelesamiento al hecho de que el esplendor —y también la caída— de Napoleón coincidiera con la infancia y la adolescencia del escritor («Todos los anhelos infantiles han debido de reducirse a un único nombre estimulante, un pensamiento, una idea: Napoleón»): Balzac nace en 1799, el año que, al regresar de la no tan triunfal campaña de Egipto, Napoleón *accede* al Consulado (en el golpe del 18 Brumario) y emprende su meteórico ascenso hacia el trono y más allá. No obstante, es evidente que para él era mucho más que un héroe de adolescencia: le ofrecía un modelo que imitar y una incuestionable constatación empírica de que en una sociedad como la napoleónica se podía aspirar a cualquier cosa (y a cualquier suma), dar rienda suelta a la ambición —social y económica— y satisfacerla; todo lo cual transpira en las famosas palabras que escribió bajo el busto de Napoleón que tenía en casa: «Lo que él comenzó con la espada, yo lo alcanzaré con la pluma». Lo cierto es que fueron Balzac y otros grandes de las letras francesas del XIX —Stendhal, Hugo, Chateaubriand— los que, cada uno a su modo, con distinta intensidad y pertinencia y en distintos momentos, más hicieron por alimentar el mito de Napoleón.